

FUNDAMENTACIÓN

En los últimos años el mundo ha sufrido una exagerada y desproporcionada explotación de los recursos naturales sin precedentes en la historia de la Humanidad¹. La actual capacidad de la especie humana para explotar estos recursos a escala mundial y producir una transformación de nuestro medio ambiente ha provocado la aparición de grandes problemas ambientales, tanto locales como globales. La humanidad está rompiendo el binomio persona-territorio, ignorando que está asentando las bases de su propia destrucción, desafiando incluso algunas de las principales leyes naturales, entre ellas la del **cuidado** de la Tierra y de su forma de ser, con sus ciclos naturales. Está rompiendo el equilibrio armónico que le ligaba a los demás seres vivos, a los ecosistemas y a la Tierra. Está olvidando su responsabilidad con el enorme legado que representa la naturaleza. Está quebrando este equilibrio sin tener todavía un conocimiento suficiente para comprender la enorme complejidad que presenta la biosfera y las afecciones que en ella está produciendo, muchas de ellas irreversibles. Parece no darse cuenta ni comprender las trascendentes consecuencias que sus comportamientos están causando en el presente y pueden causar en el futuro. La Humanidad ha olvidado que lo natural no es un objeto, que tiene una ontogenia distinta, que es algo vivo, que contiene propiedades cambiantes, tanto en lo tangible como en lo intangible. Con su actitud predatoria incansable e insaciable la humanidad está causando una reacción en lo vivo. Y esa reacción es revertida al propio “yo” de la persona, degradándola, generando y acrecentando antivalores que irremediablemente causan desazón, confunden y deshumanizan. El querer “tener”, “poseer” y

1. En los últimos 30 años ha desaparecido aproximadamente el 10 % de los recursos naturales del planeta.

“malutilizar”, en vez de querer “cuidar”, “custodiar” y “amar” es lo que provoca la pérdida de sentido en las personas, que ven a la naturaleza como un medio productivo, en vez de verla como un fin.



La persona no ha escuchado que la biosfera representa una preciosa sinfonía, de belleza inigualable, tocada de modo armónico y melodioso por una multitud de afinados instrumentos y que cualquier cambio en uno de estos, en un elemento del medio ambiente, provoca ya la desafinación y pérdida de la belleza de su música. Desgraciadamente son muchos los instrumentos que en la actualidad están desafinando e incluso desapareciendo de la orquesta, corriendo el riesgo de afectar y corromper definitivamente esta maravillosa música transformándola en un desordenado e inútil ruido. En definitiva, la especie humana, de forma pretenciosa, ha querido controlar los procesos ambientales, inconsciente de la dificultad intrínseca que presenta este cometido. Ha pretendido utilizar la naturaleza reduciéndola a mera mercancía, a mero recurso del que puede disponer a su antojo, olvidándose de su papel gestor, de su papel custodio y de que es su propia existencia, su propio ser, el que está en juego. La especie humana ha olvidado que es **la Vida** con lo que está jugando, tratando de imponer sus propias reglas a las naturales. Parece olvidar que cada vez que atenta contra la Vida está atentando contra sí mismo. Ha degradado el vínculo que inexorable-

mente le une con su compañera de viaje. Y es que ontogénicamente las personas estamos unidas enteramente, indisolublemente, radicalmente, a nuestro medio ambiente. Si la biosfera muere, si sus plantas y sus animales mueren, nosotros moriremos también.

Pero esta repercusión no solo se produce en la relación que tenemos con la naturaleza como recurso, como alimento o refugio y otros aspectos “físicos”. La repercusión se produce e invade aspectos más inmateriales que afectan a los pensamientos, emociones, conciencia, espiritualidad y ética de las personas.

Las repercusiones de estos graves problemas ambientales sobre la salud y vida de las personas son patentes, a la vez que es cada vez más imperiosa la necesidad de poner remedio a los enormes impactos ambientales que las personas están causando en el planeta. Para abordar de forma adecuada la solución o minimización de estos impactos ambientales, de estos efectos negativos sobre el medio ambiente, tenemos que ser conscientes de que necesitamos soluciones complejas, integrales y globales, que incluyan una consideración holística del medio ambiente. Sólo así podemos ser conscientes de la multitud de elementos del medio ambiente a los que estamos afectando directa o indirectamente y pensar en cómo podemos evitar o reducir en la medida de lo posible dichos efectos. Esta forma de pensar es la que podemos utilizar en el paradigma propuesto por el



desarrollo sostenible, compatibilizando el desarrollo con el respeto a los recursos naturales, a la Tierra, a la Vida.

Pero esta forma de desarrollo, este llamado desarrollo sostenible, plantea un problema conceptual y es que no incluye límites ni define exactamente qué se considera un desarrollo sostenible² y qué no lo es. Entre otros requisitos no clarifica la dimensión de las necesidades que tendrán las generaciones futuras. Por eso, al no definir límites, se hace necesario buscar referencias éticas y morales que delimiten, que enmarquen, el desarrollo de nuestras actividades humanas. La conciencia del “yo no estoy siendo equitativo ni justo con las generaciones futuras” aflora irremediablemente en cuanto observamos la pérdida y transformación natural que realizan las personas. Es entonces cuando puede aparecer la visión catastrofista del “yo no puedo hacer nada frente a la magnitud de los problemas ambientales”.

La salida de esta visión negativa en nuestra actitud con lo ambiental pasa por tomar conciencia de que no se trata solo una cuestión cuantitativa de preservación de lo natural, reducida a unas zonas concretas del planeta. Se trata más de restaurar una relación adecuada con la naturaleza basada en la conformación de unos valores que induzcan hacia comportamientos proambientales. De esta forma se rompe con la pretensión de que otros “arreglen” el desastre ambiental por mí. Se recompone la frustración de ver cómo la incoherencia se impone en las altas esferas políticas y como consecuencia de una forma de vida basada en el “tener”, de modo que la degradación planetaria se sigue acrecentando. Se trata de adquirir valores que incluyan la perspectiva ambiental de una forma determinante en la toma de decisiones de cada individuo. ¿Por qué ocurre esto? Simplemente porque uno es valorizado por la naturaleza que se sabe bien tratada. El espíritu de la naturaleza quiere restaurar el vínculo. De forma natural la alegría vuelve a aparecer. La coherencia hace aflorar la autoestima. Las acciones ambientales afirman la autoeficacia y la satisfacción asociada. La naturaleza nos centra de nuevo. Nos pone en nuestro sitio. Focaliza con lo importante. Nos humaniza de nuevo. Dejamos de ser víctimas y verdugos de una sociedad deshumanizadora de la que también nosotros formamos parte. Pasamos entonces a tener una relación adecuada con la naturaleza donde restauramos la intención del viaje que estamos recorriendo juntos en este maravilloso mundo.

La huerta y el vínculo con lo natural

Entre las múltiples actividades que la humanidad puede realizar en contacto con el medio natural, para restaurar y fortalecer este vínculo se encuentra la **horticultura**. Esta actividad viene realizándose probablemente desde el Neolítico, hace unos 10.000 años, cuando las personas deciden

2. No dimensiona exactamente cuáles serán las necesidades de las generaciones futuras, ni propone modelos concretos de gestión ambiental o socioambiental.

dejar de ser nómadas y asentarse en el territorio. Ya en el periodo moderno, en los últimos años ha alcanzado una gran significación, debido al aumento poblacional y, ya a nivel familiar, al valor de economía complementario que esta actividad puede proporcionar. Esta labor, mayoritariamente asociada a entornos rurales, está siendo promovida y está cada vez más presente en entornos urbanos, bien a través de la horticultura de terraza y balcón, o ya por huertas privadas o municipales que las entidades locales ponen a disposición de sus vecinos y vecinas. La labor hortícola tiene consecuencias sobre el medio ambiente y no sólo en su fase de creación, sino también en su fase de producción y gestión. Pero sobre todo tiene consecuencias sobre las personas. Consecuencias muy positivas debido a la ayuda que proporciona a la restauración del vínculo con lo natural.

Hasta ahora el desarrollo sostenible en el ámbito de la horticultura estaba implementándose a través de la denominada **horticultura ecológica**, que implica el ejercicio de buenas prácticas medioambientales. Y eso está muy bien. Tener en cuenta el medio ambiente en todas y cada una de las fases de creación del huerto y de su mantenimiento puede hacer que poco a poco avancemos hacia una conciencia responsable y respetuosa con nuestro planeta y a la mejora de nuestros recursos naturales. Estas buenas prácticas están incluso afectando al estilo de diseño de la huerta (por ejemplo, mediante la técnica de bancales en altura). Cambiar modelos de gestión de los recursos naturales como el agua, mediante sistemas de riego eficientes, puede hacer que poco a poco nuestro medio ambiente y, por lo tanto, nosotros mismos vayamos mejorando.



Pero no basta con tomar conciencia solo de los criterios ecológicos. En esa dualidad ontogénica persona-medio ambiente no podemos bascular únicamente hacia el término medio ambiente. No podemos olvidar el término persona. O, al menos, no podemos excluirla de la visión ecológica. Por eso se trata de integrar también los aspectos personales y sociales a la labor hortícola. Se trata de incluir lo social en lo ecológico, dándole el protagonismo que merece.

El modo de vida de la sociedad occidental actual, condicionada por un marcado neoliberalismo y un consumismo desaforado, apoyados además de forma intensa por la publicidad, también causa una serie de problemas sociales, posiblemente más acusados en las ciudades. La aparición de un colectivo de exclusión social o en riesgo de exclusión social en lo que Novo³ (2003) denomina el cuarto mundo, hace todavía más acuciante tener en cuenta esta problemática social-ambiental en todas nuestras actividades. Por eso la horticultura no puede ser ajena a estos problemas y debe tomar conciencia de los grandes beneficios (obviamente no nos referimos sólo a beneficios económicos, sino más bien a los ambientales y de desarrollo personal) que su desarrollo puede proporcionar a las personas.



Entre estos beneficios se encuentran los de ambientalizar las ciudades, creando vida donde no la hay, regenerando espacios degradados, creando espacios de bienestar que puedan cumplir,

3. En referencia a una población pobre conviviendo en la riqueza de una ciudad del primer mundo.

aunque en ocasiones de forma parcial, algunas de las necesidades de las personas, como la de acercamiento a la vida natural, la de proporcionar ocio constructivo, actividad física, paz, tranquilidad, juego, alegría, contemplación, socialización, etc. Los huertos pueden de esta manera ayudar a rehumanizar la sociedad, reconstruyendo el binomio persona-medio ambiente y recuperando parte de la alienación que en muchas ocasiones el entorno urbano nos causa.



De todos es sabido que las **hortalizas** son básicas en la alimentación equilibrada de las personas porque permiten la vida a través de su incorporación matérica a través del proceso digestivo. Son muchas las moléculas absorbidas que nos benefician de múltiples maneras, nos proporcionan constituyentes, vitaminas y energía y nos permiten así continuar viviendo. Pero proporcionan más valores añadidos al de la alimentación. El cultivo de hortalizas nos permite ser mejores personas y restaurar adecuadamente el vínculo con lo natural. Cultivar significa observar, contemplar, mirar detenidamente, profundamente. Significa contactar con lo natural sin intermediarios, con la motivación y la atención necesaria. Significa interactuar y acompañar. Significa crecer juntos, cambiar, intercambiar, aprender. Significa pensar. Significa y posibilita tantas otras cosas... En definitiva, los **huertos** pueden aportar muchos beneficios, consecuencia del fomento de valores en las personas. Estos valores son los que ayudan a que las personas sean mejores, que vayan creciendo positivamente, que se realicen de la mejor forma posible y así se consigan sociedades más justas, equilibradas y humanas, defensoras de la Vida en todas sus dimensiones.

Con el objetivo de ayudar a construir ese mundo mejor que recupere el papel que juega el medio ambiente en la vida de las personas, se quiere denominar y conceptualizar con el término de **horticultura ética** al tipo de horticultura que tenga en cuenta en el desarrollo de su actividad tanto aspectos ecológicos como humanos, personales y sociales.

Por supuesto la **horticultura ética** plantea un camino a recorrer. No se pretende que desde el primer minuto de la actividad hortícola ya se realice perfectamente toda la creación y gestión de forma ecológica y humana. Ni mucho menos. No es fácil. La horticultura ética plantea un camino a recorrer, donde es tan importante el camino como el resultado. Es un camino de aprendizaje, de adquisición y puesta en práctica de principios y valores. Una horticultura abierta a descubrir nuevas buenas prácticas entre todos. Es un camino participativo, donde cualquier aportación será bienvenida.



Se es consciente de que el término “ético” puede parecer pretencioso y que en ocasiones ha sido manipulado y utilizado inadecuadamente. En nuestro caso no se ha querido ser pretencioso, ni manipular el término, ni dictar sentencia sobre lo que es ético y lo que no. Llevando esta idea al extremo, pudiera parecer que el que no realiza las recomendaciones que aquí se exponen no está siendo “ético”. Nada más lejos de nuestra intención. Como se ha comentado, el **huerto ético** es una forma de hacer las cosas, un recurso para formar personas que sigue un camino dialógico y participativo que se inicia aquí. Un camino en el que caben muchas equivocaciones y no pocas incoherencias, pero que poco a poco se pretende ir limando para conseguir trabajar en un escenario más humano con lo natural y, por lo tanto, con nosotros mismos.

“El mundo es espantoso para el ciudadano medio que vive en colmenas (...), urbes monótonas y horrisonas (...), calles sucias (...), recibiendo cultura como píldoras y mensajes (...) que no se ha demostrado que sean perfectos. Nuestra era se recordará en un futuro feliz, si es que se llega, con verdadero terror. El hombre tiene necesidad de libertad, del campo, del cielo, de tiempo para no hacer cosas... y aprender, imaginar. Hoy no lo puede hacer”. (Félix Rodríguez de la Fuente)

